

el tiempo que duró el invierno se sostuvo en el mismo grado la piedad en los corazones de los niños, sin debilitarse un momento y siempre con el mismo afecto cariñoso.

Cuando mejoró el tiempo, aquellos dos desdichados volvieron á ponerse en camino, dirigiéndose á pié á su tierra, pero llevando grabado el recuerdo de la escuela de Passy.

§ VIII. HUMANIDAD, ABNEGACION.

El espectáculo de las desgracias causadas por algun incendio violento, la vista de un hombre atacado por malhechores, los gritos de un niño que va á perecer entre las olas, en fin, la presencia de un peligro inminente arrastran multitud de almas generosas á arriesgar la propia vida por salvar la de sus semejantes; estos son arranques del alma, movimientos de generosidad espontánea dignos de toda alabanza y que honran á la humanidad. (LEBRUN.)

Hay circunstancias en que el hombre, para socorrer á sus semejantes, desplega de repente una magnanimidad, una fuerza de voluntad y decision, y una elevacion de sentimientos asombrosos. Es Francia tan fecunda en almas generosas, que siempre que ocurre alguna catástrofe extraordinaria, por todas partes brota una abnegacion tambien extraordinaria. (B.)

Cuando oimos referir algun rasgo de abnegacion, nos sentimos conmovidos profundamente, disfrutamos un placer puro, y nos sentimos mejores. Si imitásemos lo que hemos admirado, haciendo obras semejantes á aquellas cuyo solo relato nos ha conmovido tanto, ¿no es indudable que nuestro placer seria mucho mas vivo, nuestra emocion seria mas fuerte y mayor nuestra dicha?

ENFERMEDADES Y MISERIA.

Betancourt.

[Siglo xvi.]

Pedro de Betancourt, religioso frances, se hallaba en Guatemala, ciudad de la América central, y no pudo ménos de compadecerse de la suerte de los esclavos para los que no existia asilo alguno en caso de enfermedad. Habiendo obtenido por caridad el don de una mísera casita que le habia servido ántes de escuela para los pobres,

construyó él mismo una especie de enfermería que cubrió con techo de paja, con el objeto de que sirviera de refugio á los esclavos que lo necesitaran. No tardó en encontrar una esclava negra, lisiada y abandonada por sus amos. El noble religioso carga con ella á cuestras, y orgulloso con su fardo, la lleva á aquella mala choza, que él llamaba hospital. Recorria toda la ciudad en busca de auxilios para la enferma, que no sobrevivió mucho tiempo á su caridad, y derramando sus últimas lágrimas prometió á su bondadoso enfermero pediria por él la recompensa celeste que sin duda ha obtenido.

Enternecidos muchos ricos con la virtud de aquel sacerdote, procuraron fondos á Betancourt, que vió transformarse la cabaña de la esclava negra en un hospital magnífico. Nuestro religioso murió jóven, su amor á la humanidad habia consumido su corazon. Apénas se divulgó la nueva de su muerte, todos los pobres y los esclavos corrieron en tropel al hospital para ver por última vez al que habia sido su bienhechor; besaban los piés del cadáver, le cortaban retazos de su hábito, hasta que hubo que poner centinelas al lado de su atahud.

La órden del padre Betancourt sobrevivió; la América entera se cubrió con sus hospitales, servidos por religiosos que tomaron el nombre de Bethlemitas. Hé aquí la fórmula que empleaban al hacer sus votos: « Hago voto de pobreza, de castidad y de hospitalidad, y me obligo á servir á los enfermos pobres aun cuando sean infieles y estén atacados de males contagiosos. »

Belzunce y Roce.

La historia ha consignado en sus páginas los nombres del piadoso Belzunce, arzobispo de Marsella, y del noble caballero Roce, quienes durante la peste que desoló esta ciudad en 1720 y 1721, imitaron el celo y la abnegacion de que tan bello ejemplo dió san Cárlos Borromeo cuando la peste de Milan. Véaseles en lo mas fuerte del contagio

ir de calle en calle, de casa en casa, llevando auxilios de toda clase á los enfermos; alentando con su ejemplo mas que con sus discursos á los militares y magistrados que le acompañaban en aquella obra heróica. A cada momento exponian su vida, pero por un favor especial de la Providencia, la plaga destructora las respetó.

El cólera en París.

Con la rapidez del rayo entró el cólera en París el año 1832, ejerciendo sus estragos lo mismo en las casas de los pobres que en los grandes palacios, esparciendo la muerte en el seno de una poblacion amilanada ya y presa del terror.

Espantados los habitantes de aquel mal devastador, quieren aislarse unos de otros. ¿Serán abandonados los atacados? No, porque la humanidad va á hacer prodigios. Animados los médicos de un celo tan grande como el peligro, piden á la ciencia nuevos secretos; para ellos no hay hora de reposo, ni de día ni de noche; todos sus instantes están consagrados al deber, á los peligros, á la fatiga, y en todos los puntos de la capital se establecen ambulancias¹; desde los diversos puestos en donde se ha distribuido esta docta y valerosa milicia, vuela al primer llamamiento del dolor, siguiendo sus pasos farmacias portátiles hasta el lecho de los enfermos.

Pero el número de estos se multiplica. ¿Cómo bastar á todo? Mas hé aquí que llegan auxiliares: ¿y quiénes son? los hijos de las familias mas ricas de París desiertan de sus lujosas moradas para ir á instalarse en las boardillas y en los hospitales: son enfermeros voluntarios que van sembrando el oro, prodigando sus cuidados, permaneciendo al lado de jergones infectos; su celo suple su experiencia, su caridad triunfa de la repugnancia, su perseverancia desarma la muerte.

¹. Las ambulancias son como hospitales portátiles

La mujer reclama tambien su parte sublime en los servicios y en los peligros. Los ministros de la religion se multiplican por todas partes, llevando consuelos y socorros. Jamas ofreció el celo de la humanidad un espectáculo mas patético, una rivalidad mas heróica.

La señorita Detrimont.

A principios de 1825, en la villa de Saint-Remi-Bosrecourt, distrito de Diepa, se presentó una enfermedad epidémica, contagiosa, con todos los caracteres del tifo, empezando no se sabe cómo, en casa de una pobre familia compuesta de once personas. En seis dias sucumbieron la abuela y dos de los nietos; un mes despues murió la madre, siguiéndola dos de sus hijos con siete á ocho dias de intervalo. Quedaba solo el jefe de aquella familia infortunada, Santiago Vasselin y cuatro hijos, pero todos ellos estaban ya atacados del mal que habia herido seis víctimas ante sus ojos.

Aterrorizados los parientes, los vecinos y amigos con tantas muertes repentinas, unas tras otras, no se atrevian á acercarse á Vasselin ni á sus hijos, que, abandonados de todos, parecian condenados á morir sin socorro alguno. « No queremos ir á buscar la muerte, » contestaban todos aquellos á quien se dirigia la autoridad local para que procurasen algun alivio ó socorriesen á aquellos desgraciados. Una señorita que habitaba en un pueblo vecino, Celestina Detrimont, llegó á saber lo que ocurría por el rumor público, y se presentó al alcalde de Saint-Remi con el objeto de proporcionar á aquella infortunada familia los socorros que todos la rehusaban. El alcalde aceptó enternecido la oferta, pero creyó de su deber no ocultar á aquella señorita el riesgo á que iba á exponerse. « Conozco el peligro, dijo ésta, pero no puedo dejar perecer cinco desgraciados abandonados de ese modo. » Y provista apenas de algunos preservativos, fué á encerrarse en la casa apestada con Vasselin y sus hijos. Uno solo de éstos mu-

rió. Los cuidados activos y constantes de la señorita Detrimont consiguieron arrancar á una muerte que parecia cierta á Vasselin y los tres hijos que le quedaban. No era aquella bella accion la única de la vida de la señorita Detrimont, pues hizo otras obras semejantes, que solo son conocidas del Sér Supremo y de los infortunados que socorrió.

Magdalena Saunier.

Era lo mas crudo del rigoroso invierno de 1835. Magdalena Saunier, mujer caritativa, habia descubierto en un sitio retirado del campo el lugar donde vivia una infeliz llamada Mancel, que era mas bien la guarida de una fiera que el asilo de una persona humana. La señora Mancel, largo tiempo enferma, veia acercarse su última hora, y Magdalena, á la cabecera de su cama, no la dejaba un momento. Una larga noche de aquel invierno, era ya cerca del amanecer y la nieve caia en abundancia cubriendo la tierra con sus espesos copos; soplaban un viento helado que hacia temblar la cabaña donde se albergaban tanta miseria y tanta caridad. Con objeto de preservar á la enferma del frio mortal que se juntaba con sus padecimientos, encendió Magdalena un poco de leña verde que llenaba la choza de humo, y prodigaba los últimos consuelos á su protegida, ya en las convulsiones de la muerte, cuando se entreabre la puerta, que solo estaba cerrada por una piedra que la sostenia por dentro, y asoma un lobo hambriento, pronto á lanzarse sobre Magdalena ó á disputar su presa á la muerte. Espantada Magdalena, hubiera emprendido la fuga si hubiera estado sola, pero lejos de eso, se lanza á defender el depósito que la Providencia ha puesto en sus manos; resiste con firmeza, apoya la puerta y la piedra, pone otros obstáculos mas, y no cesa de dar gritos, variando el sonido, para que el animal crea tener que habérselas con varias personas á la vez. Se van agotando ya sus fuerzas, pero afortunadamente empieza á despuntar el dia y el lobo

se aleja. Pocas horas despues habia dejado de existir la señora Mancel. ¿Creeis que Magdalena da por cumplida su mision y que ya no piensa sino en regresar á su casa?... No, la piedad para con su semejante no la permite abandonar así los restos de aquel sér, cuyos sufrimientos habia aliviado por tanto tiempo, y cuyos últimos momentos acababa de defender con peligro de su vida. Se estremece á la sola idea de que el lobo podia volver á la cabaña, corre á la casa mas próxima y ruega al aldeano que la habita le permita depositar allí los restos mortales de la pobre mujer. El aldeano accede, y su mision queda terminada de este modo, cayendo de rodillas y dando gracias á Dios por haber bendecido sus esfuerzos. Júzguese cuál seria su emocion cuando supo que el animal con que habia luchado tan heroicamente habia vuelto á la siguiente noche, probando sus pisadas, impresas en la nieve y en la choza, hasta qué punto habia sido recompensado su valor.

Juana Jugan.

Juana Jugan, natural de Cancale, hace unos veinticinco años fué á buscar colocacion como criada en San Servan, pequeña ciudad del distrito de San Maló.

Puede decirse que la última casa donde entró á servir era la escuela de las buenas obras. Habiendo fallecido la señora, resolvió Juana reemplazarla en el ejercicio de la caridad.

Hé aquí los resultados de su resolucion, que fué como una especie de voto.

Una pobre anciana, ciega, baldada y en la miseria, acababa de perder su hermana mayor, tambien pobre, pero que era su único sosten. Se aproximaba el invierno de 1839, y la pobre ciega necesitaba un apoyo; ¿dónde le hallaria? Juana Jugan hizo que la trasladaran á su casa, con lo que tuvo quien la cuidara y proveyera á su manutencion.

Una criada se habia sacrificado por sus amos, primero sirviéndoles en su prosperidad, despues sin salario cuando se hallaron en necesidad, y por último, alimentándolos con el producto de su trabajo y sus propios ahorros; pero la edad, los achaques, la incapacidad para trabajar, en fin, el aislamiento cayeron sobre ella; sus amos habian muerto y se encontraba sin asilo; Juana Jugan la conduce á su casa: son tres, la habitacion es reducida, así como sus recursos, pero la Providencia velará por ellas.

Otros dos desgraciados vienen á llamar á la puerta de aquella pobre morada, convertida en asilo de la desgracia. Son numerosos los ancianos abandonados en San Servan, pues componiéndose la poblacion en su mayor parte de marineros, muy á menudo sucede que las olas ó la fatiga de tan duro oficio se llevan repentinamente al mas fuerte de la familia, el que con su trabajo cubria las necesidades de todos, y muerto él, los niños y los ancianos se hallan sin recursos. Juana desea serles útil, pero será preciso buscar una casa mayor; la encuentra, la alquila y va á vivir en ella con sus pobres; un mes despues está llena; doce pobres han encontrado su refugio en ella.

Empiezan á hablar del asunto varias familias pudientes de la ciudad; visitan la casa y se admiran del orden, los cuidados y los medios ingeniosos que encuentra una pobre mujer exhausta de bienes, para alimentar, cuidar y tener contentos á todos. Entónces varias personas quieren unirse á aquella buena obra, se procura á Juana una casa mas espaciosa pero con la formal advertencia de que es todo lo que se puede hacer y que no se puede contribuir á los gastos; que mire bien lo que va á emprender, pues tiene que subvenir ella sola á todo, y por tanto que no aumente demasiado el número de sus acogidos. « Dadme, dadme la casa, dice, que si Dios la llena, no la abandonaré. »

Bien pronto, en lugar de doce pobres, tiene ya veinte, y hoy cuenta en derredor suyo una familia de sesenta y cinco desgraciados de ámbos sexos, todos ancianos, impedidos ó

incurables, arrancados de la miseria, de lugares infectos, á la vergüenza de mendigar por la calle, ó sustraídos á los vicios que trae consigo la holganza.

Tres personas, movidas por su ejemplo, se reunieron con Juana para ayudarla al servicio á y todas las ocupaciones interiores. El trabajo está organizado en la casa voluntariamente, segun la aptitud y facultades de cada uno; visita gratuitamente los enfermos un médico, que ha establecido allí una farmacia en pequeño; en una palabra, Juana Jugan ha dotado á la ciudad de San Servan con un verdadero *hospicio*.

La mayor parte de los hospicios han sido formados por las ciudades ó por el Estado; otros establecimientos del mismo género lo han sido por personas ricas en sus disposiciones testamentarias, ó por llamamientos á la caridad; pero el hospicio de San Servan ha sido fundado por una pobre criada, que no tenia otra riqueza sino su caridad.

¿Cómo es posible que Juana subvenga á los gastos de una casa semejante? La Providencia es grande. Juana es infatigable, elocuente; Juana ruega, llora, trabaja; siempre lleva la cesta al brazo y siempre la trae llena

INUNDACIONES, NAUFRAGIOS.

Dercy.

[Siglo xix.]

A principios de un terrible invierno ocurrió un gran desastre en las cercanías de un pueblecillo. A consecuencia de lluvias abundantes, todos los rios habian salido de madre y habian reventado varias esclusas del canal. Ya llegaba la inundacion á las primeras casas y causaba bastante sobresalto la suerte de los habitantes de un molino situado á trescientos pasos del pueblo. El molinero y su hijo estaban ausentes; su esposa habia quedado sola en la casa con dos niños pequeños. El camino del molino era una calzada que se hallaba entre el canal y una pradera, pero

estaba ésta sumergida desde la víspera, y al rayar el alba se vió con espanto que había ya quince centímetros de agua en la calzada.

Jorge Dercy, dueño de una granja vecina, había pasado toda la noche trabajando con algunos mozos del pueblo para construir de prisa y corriendo algunos diques y á abrir paso á las aguas por otro lado. ¡Pero cuál fué su terror al advertir el peligro que amenazaba á aquella familia! El agua crecía por momentos y no había ningún barco; el único que había, amarrado de ordinario en el molino, había sido arrebatado por la corriente. En esto pasa un hombre á caballo por entre el grupo de habitantes reunidos en lo alto de la calle que no estaba inundada. De una ojeada mide Jorge el agua que cubre la calzada y dirigiéndose al jinete le dice con finura: «Caballero, os ruego echeis pié á tierra. — ¡Cómo! ¿que baje del caballo? — En seguida.» El tono del jóven era tan imperativo al decir estas palabras, que aturdido el viajero, se apea, Jorge salta á la silla y toma á paso largo el camino de la calzada. «¡Ay mi hijo! ¡hijo mio! ¿á dónde vas? gritaba su madre. — No tengais cuidado, señora, no hay peligro.» Vésele llegar al pié del molino; la pobre mujer ata á uno de sus niños con una cuerda por los sobacos, y al otro con una sábana; Jorge se alza sobre la silla y recibe los dos niños que coloca á la delantera y parte, prometiendo volver á buscar la madre. La anciana señora Dercy toma los niños de manos de su hijo; la pobre mujer tiembla, está sin aliento, pero sin atreverse á detener á su hijo; sabe que serian vanos sus esfuerzos y que no la escucharía; conoce al mismo tiempo que no hay un minuto que perder. Al segundo viaje llegaba el agua casi al cuello del animal y parecía que iba nadando. Afortunadamente el segundo viaje tuvo tan buen éxito como el primero, y entónces la madre de Jorge entregó los niños á la de éstos.

Jorge recibió los parabienes de los habitantes y entregó el caballo al viajero que había exclamado al principio de esta escena: «¡Pero ese jóven está loco! ¡Va á ahogar mi



Inundación.

caballo y él también! » Pero al tomar su caballo dijo á Jorge: « Caballero, sois un valiente; pero he tenido miedo por vos al ver por un lado el canal y por el otro la pradera con tres metros de agua. — Sí, repuso Jorge, pero uno apénas en la calzada que conozco, como los dedos de la mano; muchas veces me paseo por ella, y además sé nadar, por consiguiente no hay mérito ninguno; me hubiera causado gran pesar si despues de haber salvado los niños no hubiera podido salvar á su madre. »

Antonio Dejean y sus compañeros.

El Aveyron¹ corre á lo largo de la pequeña y linda llanura de Riol. La aldea de Riol Bajo, compuesta de diez y ocho familias, situada en dicha llanura y á doscientos metros del rio, empezó á ser inundada desde el mes de febrero. El rio fué creciendo todo el dia, pero por la noche fué terrible la inundacion. Enormes troncos de árboles arrastrados por la corriente entraban en las calles de la aldea y golpeaban las casas con increíble fuerza; dos de estas se hundieron ántes de amanecer. El ruido que produjo esta catástrofe, junto con el que hacia el agua dentro y fuera de las habitaciones, consternó los ánimos de los habitantes. Las familias temian ser sepultadas bajo los escombros de sus casas. Amaneció por fin, pero fué para permitir á aquellos desgraciados que contemplasen su horrible situacion.... La inundacion seguia creciendo y la lluvia continuaba cayendo á torrentes. Los habitantes de un pueblo cercano quisieron darles auxilio, pero se hallaron detenidos á considerable distancia; apénas si podian hacerles oír algunas palabras para consolarlos y alentarlos; la sola barca que habia cerca de allí yacia en el fondo del agua. A todo esto los gritos desesperados y los gemidos se mezclaban con el mugido de las olas, y se veian en las ventanas

1. Rio impetuoso que desemboca en el Tarn, entre Montauban y Moissac; debe su nombre á un departamento formado del antiguo Rouergue.

y sobre los techos de las casas las familias agrupadas alzando las manos al cielo.... Las madres abrazaban sus hijos regándolos con lágrimas de dolor y de agonía. « Imploremos todos juntos la misericordia divina, exclamaron sollozando, porque vamos á perecer si Dios no se apiada de nosotros! » Testigos de aquel doloroso espectáculo los habitantes que habian venido con el objeto de socorrerlos, conciben la feliz idea de ir á Ardourels, villa situada á tres cuartos de legua á lo largo del rio, para ver si se habia salvado algun barco. Al llegar á la villa vieron una gabarra que se balanceaba bien adentro del agua, á orilla de un terrontero que dominaba el cáuce del impetuoso rio. Pero ¿quién se arrojará en medio del torrente para apoderarse del barco? Unos no saben nadar, otros temen ser arrastrados por la fuerza de la corriente. « ¡Ochenta personas habrán perecido ántes de la noche si no vamos á socorrerlas!... clama una voz. — ¡Pues hay que ir volando!... » dice el jóven Antonio Dejean, dueño de la gabarra, y poniendo su confianza en Dios, se arroja al agua, llega con felicidad al barco, le desamarra y le conduce á la orilla. Era imposible conducirlo por agua hasta el lugar de la desolacion, así es que le colocan en un carro y no tardan en llegar á Riol Alto, distante unos seiscientos metros de la aldea inundada. Bótase en seguida la gabarra al agua; Dejean la dirige, acompañado de dos mozos valerosos, armados de largas pértigas y remos cortos; los tres compañeros, hábiles y arrojados á cual mas, arrostran los mayores riesgos. En la rapidez con que van costeano las cercas y las paredes se echa de ver, se siente la generosa humanidad que les anima. Todos los espectadores hacen votos por el éxito de tan peligrosa empresa. Ya apénas se percibe en medio del agua la fugaz navicilla.... y no tarda en llegar al lugar de la afliccion. A su vista redoblan los gritos y los llantos, pero son gritos de esperanza, lágrimas de alegría. Los pilotos salvadores se dirigen primero á las casas que se hallan mas amenazadas, y unos tras otros, consiguen salvar todos los habitantes de la aldea sumergida. De cuando en